

ción dual del libro, van cargándose de autonomía, van siendo poemas ellos mismos. No se trata nunca de un ensayo que desemboque en una serie de apreciaciones unilaterales: se trata más bien de explotar el sentido lúdico de la palabra, de la imaginación, para alcanzar el sentido de una fiesta, «encontrar una equivalencia (eso es la metáfora) en la que no desaparezcan ni las cosas en su particularidad concreta ni el hombre individual».

Por eso, a pesar de ejercer una actividad crítica tan señalada sobre el lenguaje, a pesar de su penetrante cientificismo lingüístico, Octavio Paz concentra toda su atención en una escritura que viva y vibre por su fuerza imaginativa, por su espíritu indagador, esencialmente indagador, que parte del asombro, de la curiosidad, del momento pleno en que se goza el instante, el sentido espacio-temporal puro, el presente como lugar y tiempo ideal para lograr plenas conjunciones («El valor supremo no es el futuro, sino el presente; el futuro es un tiempo falaz que siempre nos dice todavía no es hora, y que así nos niega. El futuro no es tiempo del amor: lo que el hombre quiere de verdad lo quiere ahora. Aquel que construye la casa de la felicidad futura edifica la cárcel del presente»).

«Escribir, jugar, copular», he aquí el triángulo que sustenta la actividad del escritor Octavio Paz; escritor imposible de encuadrar en género alguno, porque se trata de un creador apasionado, capaz de hacer revivir el sentido puro de la creación y de rescatar esos elementos genuinos que tantas veces hablan sido sepultados por la urgencia de las convenciones. No en vano ha partido siempre de ese comienzo que tan bien conoce y explica: el surrealismo. Y hablar de surrealismo es hablar de libertad, porque es hablar de transgresión de límites, de transparencias conseguidas y reveladas. Escribir como revelación, como en-

cuentro constante con el principio. «El poeta —dice Octavio Paz, y con sus palabras termina— no escapa a la historia, incluso cuando la niega o la ignora. Sus experiencias más secretas o personales se transforman en palabras sociales, históricas. Al mismo tiempo, y con esas mismas palabras, el poeta dice otra cosa: revela al hombre». Y eso es, a fin de cuentas, lo que hace Octavio Paz en todos y cada uno de sus escritos. ■ JORGE RODRIGUEZ PADRON.

**Madrid finisecular y barojiano**

Hace tres años publicaba Soledad Puértolas un análisis del Madrid finisecular, visto a través de la trilogía barojiana «La lucha por la vida» (1). Ahora es Carmen del Moral quien vuelve al tema (2).

Carmen del Moral señala el carácter de lugar común que tiene la afirmación del valor documental de la obra barojiana. Lugar común, asegura, «que no ha sido sometido a análisis riguroso». Este va-

(1) El Madrid de «La lucha por la vida», Soledad Puértolas. Helios 1971. (Véase TRIUNFO, número 467: «Una recreación de la realidad», Víctor Márquez Reviriego.)

(2) La soledad madrileña fin de siglo y Baroja, Carmen del Moral. Turner. 1974.



Pío Baroja.

lor documental ha sido, efectivamente, destacado muchas veces, y alguna de ellas, analizado con rigor. Tal es el caso, por ejemplo, del «Baroja y Francia», realizado por Corrales Egea (3)... «Baroja no se inventa nada», escribía también Puértolas en su libro. Y dos conclusiones del que hoy nos ocupa no pueden ser mejores para el escritor vasco. Tras el coitejo de datos barojianos con fuentes documentales se llega a lo siguiente: «1) En todo lo referente a infraestructura urbana, servicios públicos, instituciones de beneficencia, caridad y vivienda, los datos del novelista se ajustan a la más estricta realidad madrileña de los años que estudiamos. (...) 2) En lo que respecta a las des-

(3) Baroja y Francia, José Corrales Egea. Taurus. TRIUNFO, núm. 433: «Baroja y Francia», Víctor Márquez Reviriego.)

cripciones de Baroja de los grupos sociales, sus tratos de sus novelas, creemos que la fidelidad con su original difícilmente puede ser controvertida... Por el contrario, la tercera conclusión —referida a la actividad política de las clases trabajadoras— muestra el carácter subjetivo de lo escrito por Pío Baroja cuando atañe a los socialistas, vistos «con omisión y parcialidad».

Pero más que las conclusiones sobre el valor documental de la obra barojiana (si no matemáticamente demostrado, sí sospechado, intuido, dicho o manifestado con más o menos rigor), este libro, digo, queda como un estudio excelente de Madrid a finales del siglo XIX (Aunque subrayemos también su faceta barojiana). En dos partes lo divide su autora: «La ciudad de Madrid a finales del siglo XIX» y «Grupos so-

ciales y clases proletarias en Madrid fin de siglo».

El Madrid finisecular es «ciudad tranquila, casi provinciana, dominada en su cúspide por una minoría de hombres de negocios, políticos, profesionales liberales y compuesta en su base por una mayoría ocupada en industrias y talleres». A ella llega —en 1885— Manuel, el muchacho de «La busca», uno más de los inmigrantes provincianos que hacen crecer la población madrileña. En 1887, Madrid tiene 470.283 habitantes; en 1895, 547.399: creció un 16,39 por ciento en ocho años. En 1900, salvo errata de la página 46, desciende a 539.835; el 1,38 por 100 menos (4). Carmen del Moral analiza boletines municipales, estadísticas, periódicos y publicaciones diversas, informes, etcétera, y muestra así la situación distrito por distrito, barrio por barrio: población, precios, sanidad, vivienda, alimentación... «La vida en Madrid para cualquiera que no estuviera en una situación social privilegiada no podía ser fácil, tenía que ser una dura «lucha por la vida»...». Los servicios públicos y la infraestructura urbana eran

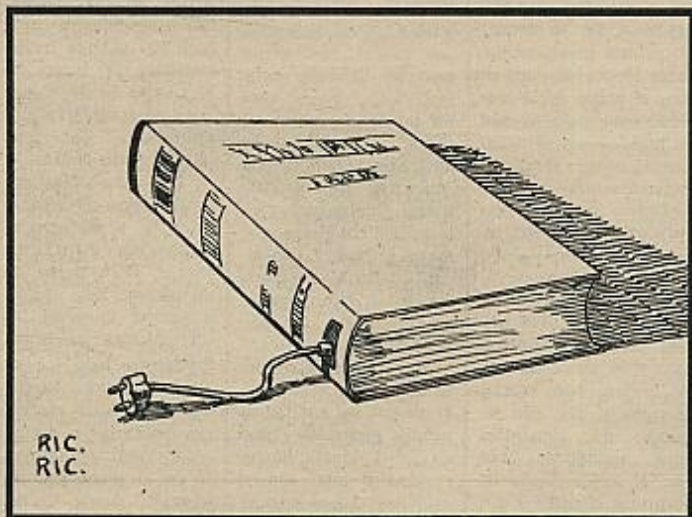
precarios. El agua, turbia y, a veces, impotable... «El mundo de «La busca», el de los golfos y hampones de «Mala hierba» y los infinitos vagabundos, pobres y seres marginados de la sociedad que cruzan por esos y otros relatos barojianos, sólo se explican real y literariamente en función de un Madrid como el descrito: con pocos puestos de trabajo, sin agua, sin alcantarillas, sucio y maloliente».

La segunda parte —casi al hilo de la famosa trilogía— trata de la prostitución, la golfería y delincuencia, los trabajadores y su proyección política. Acaso sea el capítulo de la prostitución de los más logrados, quizá por el equilibrio entre lo relatado, la aportación documental y el toque barojiano, oportuno como nunca, puesto que el Andrés Hurtado de «El árbol de la ciencia» fue médico de la Higiene Municipal.

Señalemos por último un pequeño desliz lombrosiano en el capítulo sexto («Bizcoque es el delincuente nato...»). ■ VÍCTOR MÁRQUEZ REVIRIEGO.

**Un relato de Conrad**

En 1908, tras establecerse en Someries (Bedfordshire) y sacar a la luz El agente secreto, se publicó un conjunto de seis relatos de Joseph Conrad (A set of six: The Informer, Gaspar Ruiz, The Brute, An Anarchist, The Duel, El Conde), del que Nostromo ha editado recientemente uno: Gaspar Ruiz. Situado en el escenario de las luchas independentistas sudamericanas y centrado en el carácter de Gaspar Ruiz, el general rebelde Santierra y la realista Herminia, el relato, de una índole épica estremecedora, tanto por las peripecias como por la resolución, pone de manifiesto, si bien en una escenografía y con un desarrollo bastante menos sórdido que en El agente secreto (con la que guarda, sin



(4) El lector interesado en temas de la población española puede consultar alguno de los libros aparecidos recientemente en ediciones de bolsillo: La población española, Jordi Nadal (Ariel). La población española en los siglos XVIII y XIX, Pedro Romero de Solís (Siglo Veintiuno). Análisis de la población de España, Saustiano del Campo (Ariel).